

La Europa nos contempla y espera el éxito para colocarnos entre los pueblos grandes de la tierra ó para confundirnos con los que no son dignos de la libertad. Esta guerra, haciéndonos subir en el concepto de las naciones, fulminará un anatema terrible contra nuestros invasores: nuestro porvenir depende, pues, de ella. Si constantes y esforzados defendemos la rica herencia de Iturbide, el nombre mexicano será un título de gloria que se apresurarán á adoptar millares de extranjeros industriosos, volando á colonizar nuestras hermosas campiñas. Si la victoria nos niega sus favores, muramos como hombres libres, como murieron nuestros padres, y si no podemos legar á nuestros descendientes una patria, leguémosles, al menos, un nombre sin mancha.

México, 14 de Abril de 1847.—*Joaquín Cardoso*, Diputado Presidente.—*Juan de Dios Zapata*, Diputado Secretario.—*Cosme Torres*, Diputado Secretario.

~~~~~

**EL PRESIDENTE SUSTITUTO DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS,  
A LOS HABITANTES DE LA REPUBLICA.**

Mexicanos: Cumpló el triste deber de participaros una nueva y grande desgracia. El Ejército de Oriente ha sufrido un revés, y si bien no tengo aún los datos necesarios para medir el tamaño del mal, sí puedo calcular las consecuencias que producirá el simple paso de los americanos al interior de la República.

No os presentaré un cuadro halagüeño para el porvenir, porque yo no sé engañar. Invadido nuestro territorio por todas partes, la guerra será nuestro estado normal durante mucho tiempo, y los sacrificios de todo género, y los peligros de todas clases nuestro patrimonio. Pero no hay peligros que no debamos arrostrar, ni sacrificios que no debamos hacer para conservar la Independencia de la Nación; porque sin este bien precioso, nada valen los demás goces de la sociedad. El Gobierno conoce sus deberes y está decidido á llenarlos, aunque la muerte sea el término de sus afanes; porque la muerte es nada, si con ella se evita la deshonra: la salvación de la patria no es costosa aun cuando se compre con el precio de la existencia.

El augusto Congreso, concediéndome ayer casi por unanimidad, cuantas facultades sean necesarias para salvar la nacionalidad y las instituciones, ha dado á los pueblos el más solemne testimonio de que en momentos como éstos deben cesar todas las querellas domésticas para atender sólo al peligro común. Seguid, mexicanos, el noble ejemplo de vuestros representantes, y recordando los gloriosos días de Hidalgo y de Morelos, levantaos á defender la Independencia que estos hombres ilustres nos legaron á costa de su sangre. Tended la vista hacia los puntos ocupados por los americanos, y ved la suerte que os aguarda. ¿Consentiréis en ser extranjeros en vuestra patria? ¿Consentiréis en perder vuestros usos, vuestras leyes, vuestro idioma y vuestra religión? ¿Consentiréis en ver desaparecer vuestra raza, la noble raza del Mediodía, para que ocupe su lugar la raza anglo-sajona que trae la esclavitud al hermoso y libre continente de Colón? Recordad los altos hechos, los inmensos sacrificios y la inaccesible gloria de nuestros padres, y caminando por el sendero que nos marcaron, repetid aquellos hechos y aquellos sacrificios, para cubriros con aquella gloria que hará vuestros nombres tan gratos á la posteridad como hoy lo son para nosotros los de los valientes que durante once

años trabajaron constantemente contra el poder colonial para proporcionarnos el bien inestimable que quieren arrebataros los americanos.

Una franca y generosa amnistía será el primer uso que haré de la suma inmensa de poder que se me ha confiado; ese poder no se empleará, yo os lo juro, más que en la defensa de nuestros sagrados derechos; y sean cuales fueren los sucesos de la guerra, sea cual fuere el peligro á que personalmente me exponga, no será mi mano la que firme una paz ignominiosa. Al pedir ayer la ampliación de facultades, yo mismo exigí, como una restricción, la de no hacer la paz, porque aunque estoy seguro de mi resolución; quise, sin embargo, dar una nueva garantía, ya que la imperiosa necesidad de las circunstancias, y sólo ella, me obligó á solicitar más autoridad de la que la Constitución me concede. Nada, pues, tiene que temer la Libertad, nada la Federación: y si los antecedentes de mi vida pública, durante la cual jamás me he desviado de la senda de los principios, no fueron bastantes á asegurarnos de mi lealtad, yo os empeño mi palabra de honor, la palabra de un soldado de la Independencia, que nada debe á las revoluciones, la palabra de un hombre de bien que nada debe á los partidos, y que en el último tercio de su vida no quiere manchar su nombre, único bien que posee.

El Gobierno, que está decidido á llevar adelante la guerra, aunque ésta y todas las capitales sucumban, descansa en el patriotismo de todos los mexicanos, y cuenta con todos ellos para defender la Independencia. Unión, compatriotas; porque la unión es el primero y más necesario de todos los elementos con que se salvan las naciones. El pérfido enemigo que tenemos que combatir ha contado con nuestras disensiones como con el más eficaz aliado: si un solo interés nos mueve, si un solo deseo nos anima, si una sola voluntad nos dirige, los obstáculos serán más fáciles de vencer, menos graves los peligros, y más seguro el éxito. El honor de nuestro nombre depende de nuestra conducta en la presente guerra; y aunque la paz nos volvería las comodidades y los placeres, también estamparía en nuestras frentes la señal de la ignominia; señal que pasaría á nuestros hijos, que se avergonzarían de descender de nosotros, tanto cuanto nosotros nos honramos con deber la existencia á los hombres de Dolores, de Cuautla y de Iguala.

Tengo la satisfacción de anunciaros, que el Excelentísimo Sr. D. Antonio López de Santa-Anna, Presidente de la República y General del Ejército, según las noticias recibidas hasta ahora, aunque no oficiales, ha sobrevivido á la catástrofe: parece que la Providencia no ha querido que apuremos el cáliz de la amargura. Excusado es, mexicanos, que haga mérito de la importancia de esta plausible casualidad; por ella os felicito á nombre de la Patria.

México, Abril 21 de 1847.—*Pedro María Anaya*.

~~~~~

MANIFIESTO DEL EXCELENTISIMO SEÑOR PRESIDENTE INTERINO A LA NACION.

Los infaustos sucesos de la guerra me han conducido á la capital de la República, y obedeciendo á la ley, he empuñado otra vez, y por breve tiempo, las riendas del Estado. Es mi deber explicar á la Nación los graves y poderosos motivos de esta conducta, y la marcha que me propongo adoptar, en los momentos solemnes en que se va á decidir de la vida ó la muerte, la honra ó la ignominia de la patria.

Desde que se empeñó la lucha más justa con los Estados Unidos de América, la fortuna nos ha tratado con desdén y ha anulado los esfuerzos del honor y del patriotismo, para hacer triunfar la causa más noble y santa que se ha defendido en la tierra. El revés de Cerro Gordo no ha sido más que un eslabón en la cadena de desgracias que nos abrumba, para probar, quizá, si somos capaces de sobreponernos con nuestra constancia, al destino de hierro que sin piedad nos ha perseguido.

Apenas lograba humillar el orgullo de los americanos en los campos de la Angostura, y les arrancaba el valor de los soldados de la República los trofeos de la victoria, cuando la imperiosa necesidad de terminar las discordias que estaban destrozando á esta hermosa ciudad me trajo á ella, previa la invitación de la mayoría muy respetable del Congreso Nacional. Conseguido este objeto, atendí ya al muy importante de impedir, si posible fuera, el avance del enemigo, que posesionado de Veracruz y Ulúa, buscaba mejores climas para salvarse de los rigores de la estación. En tres días me trasladé á México hasta una posición de antiguo recomendada por los peritos en el arte de la guerra, y la fortifiqué cuanto lo permitió la penuria del tiempo y la escasez de recursos, reuniendo allí dos brigadas de la división del Norte, otras tropas sin disciplina, y algunos cuerpos de reclutas. El enemigo combatió con la mayor y con la más selecta parte de sus fuerzas, y aunque ganó la batalla, ésta le ha costado sangre; y ha adquirido una prueba más de que los mexicanos no se excusan de la pelea, aun cuando las circunstancias les son desfavorables. Por lo que á mí toca, estoy satisfecho de que no perdoné diligencia ni fatiga para arrancar á la suerte un favor, de que mi existencia se expuso mientras mantuve alguna esperanza de rehacer lo perdido.

Escapado como por milagro de manos del enemigo, me dirigí á la ciudad de Orizaba, con ánimo de reunir los dispersos, de acopiar nuevas tropas y de preparar otra resistencia al atrevido invasor, porque mi resolución más firme ha sido siempre, no desconfiar de la suerte de la Patria, ni abandonarla en sus grandes infortunios. Veinte días me bastaron para formar un ejército, y con él me dirigí á la ciudad de Puebla, deseoso de adquirir mayores elementos, para prestar más provechosos servicios.

El enemigo, entretanto, emprendió su movimiento sobre la misma ciudad, satisfecho de que en ella no estaba organizada una defensa, ni se había excitado convenientemente el espíritu público. Sensible y muy doloroso es para la Nación, que á una ciudad tan acreditada por su espíritu guerrero en las contiendas civiles, la hayan hecho aparecer indiferente en la crisis más peligrosa que ha pasado la República desde que conquistó su sagrada independencia.

Sin entrar en el análisis de las causas que hayan podido influir en tan lamentable acontecimiento, me limitaré á observar que su primera consecuencia fué mi retirada á San Martín Texmelúcan, para discutir y acordar allí lo que fuera más conducente al interés del servicio. Reunida por mí la junta de guerra, resolvió que el Ejército de Oriente siguiera su marcha hasta esta capital, para defenderla y salvarla á todo trance. Indudable es que el honor y el brillo de la Nación se empañarían para siempre, si el enemigo encontrara abiertas las puertas de la importante ciudad en que residen las autoridades supremas de la Nación. Esta ciudad es la que más abunda en recursos, la que presta mayores facilidades para la creación, organización y concentración de las fuerzas. Esta es una ciudad que por sus relaciones de siglos con el resto de la República, influye de tal manera sobre sus destinos, que perdida una se exponía á perderse la otra, y aunque mucho es lo que debemos prometernos de la constancia de los mexicanos, de

esa constancia superior á todos los rigores de la fortuna, no es prudente exponerse á un riesgo de tantas probabilidades. ¿Cómo hemos de olvidar que tras de la caída de esta ciudad vino después la ruina del imperio de los aztecas? Y rendido México en 1821, ¿se mantuvo un día más el dominio español sobre nuestro privilegiado suelo? Tales recuerdos pesaron mucho en mi ánimo, y he llegado á procurar que se frustre el más vehemente deseo del enemigo: el de enseñorearse de esta ciudad que es una de las primeras del continente americano.

Mi vuelta al ejercicio de la Suprema Magistratura, por los pocos días que transcurran hasta la nueva elección, ha sido un accidente, y también una necesidad por la renuncia á continuar en el mando del modesto, del acendrado patriota que tan dignamente ha gobernado durante mi ausencia en la campaña. Obligado á pesar de mi más viva resistencia, á encomendarme de la dirección de los negocios, sometí desde luego á la deliberación de todos los Generales existentes en la Capital, la cuestión de su defensa, y ella fué acordada por unanimidad, consultándose no menos á las reglas del arte, que á la conveniencia de alejar de la población el riesgo de sufrir por los proyectiles del enemigo. Mas si las necesidades de la guerra la trajeren á esta misma bella ciudad, tendrá presente que mucho vale, pero menos que la Nación entera, y que una gloria inmarcesible se le aguarda si se resuelve á imitar el ejemplo de grandes pueblos que todo lo perdieron, menos el honor.

A la vez que recomiendo próximos sacrificios á la generosa Capital de la República, los Estados de la Federación están comprometidos á auxiliarla prontamente con fuerzas, con dinero y con los demás recursos de que abundan. El sistema federal que reclamó con entusiasmo la Nación, y por cuyo restablecimiento he trabajado con pureza y con lealtad, multiplica los centros de acción, y lejos de servir para que el gran todo se debilite y desfallezca, le presta valor y energía, cuando los esfuerzos se hacen de consuno. Esa práctica de aislamiento y que también pudiera llamarse de egoísmo el más imprevisivo, alienta las esperanzas de los enemigos del mismo sistema, al enemigo extranjero le proporciona todas las ventajas de la desunión. ¿Cómo pudiera él atreverse á avanzar hasta el corazón de la República, si no lo alentara la triste perspectiva de nuestro desacuerdo? Un esfuerzo simultáneo nos basta. ¿Cuán grande será la responsabilidad de las autoridades de los Estados si asisten, sin conmoverse, al funeral de la República? Esfuerzos y sacrificios de unos cuantos meses son suficientes para que sacudamos el yugo del invasor; es impotente por sí mismo; su situación es muy empeñada: alentémonos un día, y seremos libres para siempre.

También es necesaria la cooperación de todas las clases de la sociedad y de todos sus individuos. El clero no puede, en consecuencia, consentir la dominación de un pueblo que admite como dogma de su política, la tolerancia de todos los cultos religiosos. ¿Se resuelve ya á sufrir que frente al templo mismo en que se adora la Hostia santa se levanten las iglesias de los protestantes? El sacrificio de una porción de sus bienes lo libraría de perder el resto, con los privilegios que respetan nuestras leyes y que no consienten las de los Estados Unidos. ¿Ignoran los propietarios cuán duros son y cuán exigentes los decretos del conquistador? Si las altas conveniencias sociales, si los bienes de la independencia se estiman en poco, si nada vale para México el rango de nación independiente y soberana, ¿para qué luchamos once años continuos, derramando torrentes de sangre y devastando nuestro propio país para hacerlo libre? Ha llegado, pues, el momento de exponerlo todo, para salvarlo todo. ¡Ay del que no comprenda la gravedad de nuestra situación!

Ahora es cuando estamos cosechando los amargos frutos de nuestra inexperiencia en los años en que nos hemos gobernado por nosotros mismos. Una Nación proterva y avara de nuestros elementos de poder y de riqueza, ha estado asechando, como el tigre asecha su presa, el momento en que las discordias civiles hubieran debilitado y postrado á la Nación, para sorprenderla y sojuzgarla. Y cuando el enemigo consuma sus depravados intentos, no escarmentamos todavía. La desunión progresa, la sedición cunde, las pasiones políticas se agitan en el peor sentido, y como si fuera poco el que el enemigo extranjero nos combata, nos encargamos de desvirtuar á las autoridades; procuramos, con funesta ceguera y empeño, que nada puedan en defensa de la patria.

De estas verdades soy á la vez el testigo y la víctima. Desde la vuelta de mi destierro, no he pensado más que en la salvación de la República. ¿No he volado á crear y organizar un poderoso Ejército? ¿No he peleado con él sin economizar riesgos ni peligros? ¿No he atravesado toda la República para cerrar el paso al cruel vencedor de Veracruz? ¿No soy yo el que en todas direcciones ha buscado el frente del enemigo? Mi obligación era pelear, y he peleado: ¿soy dueño de la victoria para determinarla como mi esclava? Mi ánimo no era más esforzado en Tampico que en Cerro Gordo, y la fortuna que me permitió agregar allí un laurel á tantas glorias de la Nación, ha rehusado que asegure su dicha. Consuéleme, sin embargo, que la injusticia de los hombres dura poco: más me consuela todavía, que la mayoría de mis compatriotas es imparcial y sensata, y que sabrá perdonar mis errores, y estimar mi constante dedicación á su servicio.

Mas por lo que respecta al interés y defensa de la Nación, he de ser inflexible. Yo contemplo que la guerra debe continuarse entretanto nuestra situación no mejore. El vencedor oprime al vencido, y no acuerda con él, sino que le dicta una paz vergonzosa. ¿Permitiría la Nación que se desmembrara una parte inmensa de su territorio? ¿Consentiría en llamarse Nación, dejando de serlo por su nulidad é impotencia? ¡Ah! Los destinos de México sólo se salvarán con la fuerza de su acero y con una resolución incontestable.

Cuando próximo el ocaso de mi vida pública, aspiro á terminarla dejando altas lecciones de una consagración sin límites á la causa de la patria. Mientras respire, su voluntad soberana ha de ser la regla constante de mi conducta. Quiero servirla y deseo que todos la sirvan con una firmeza y con una constancia, que sea como el muro en que se estrellen los esfuerzos de todos sus enemigos.

Mexicanos, compatriotas míos: examinad mis hechos y que ellos respondan de mis intenciones. Si el Árbitro Soberano de las sociedades nos ha probado en el crisol del infortunio, ya comienza á mostrar su piedad, dejándonos formar una Constitución que será la tabla de salvación en nuestras borrascas. La he jurado, la he firmado y la defenderé. Por lo que respecta á la independencia é integridad del territorio de la Nación, mi voto es uno solo, y es el íntimo de mi corazón: *pelear y morir por ellas.*

México, Mayo 22 de 1847.—Antonio López de Santa-Anna.

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA A LOS HABITANTES DE SU CAPITAL Y AL EJERCITO QUE LA DEFIENDE.

El enemigo, ciego por su orgullo, emprendió su marcha para esta capital. ¡Mexicanos! Yo me congratulo con vosotros, porque se aproxima el gran día en que afianzaréis los destinos de la patria, vengando sus injurias y escarmentando para siempre al pérfido invasor. Engreído él por las lisonjas de la fortuna, viene á desafiar vuestro denuedo, y se precipita á buscar su sepulcro en el magnífico valle que nuestros antepasados ilustraron con su heroico valor.

Sí: trescientos veintiséis años ha que un pueblo de valientes asombró al mundo con sus proezas; que luchó contra enemigos superiores en el arte de la guerra y divinizados por el error; que peleó día á día, palmo á palmo, hasta ganar un nombre inmortal.

Cierto es que sucumbieron al fin los aztecas; mas la historia, al cubrir de luto la página en que transmitió la catástrofe de su imperio á las edades futuras, dejó consignados los hechos de los preclaros varones, que dominados por un destino injusto, supieron morir con gloria. Herederos sois de ella: vosotros, mexicanos, los igualaréis en constancia y en firmeza, y la Providencia os concederá el triunfo, porque vuestra causa es santa, y porque el enemigo no os excede ni en número, ni en pericia, ni en el arrojo que decide la suerte de los combates.

¡Mexicanos! La conquista os hizo pertenecer á la raza noble y generosa que se honra con la memoria de Numancia y de Sagunto, y que en tiempos más modernos os presenta ejemplos que imitar en las defensas de Zaragoza y de Gerona. Ha llegado para vosotros la época en que manifestéis que los descendientes de los héroes, son también héroes bajo el hermoso cielo del Nuevo Mundo.

¡Mexicanos! Hijos sois de los campeones que bajo la inspiración del anciano de Dolores guerrearón once años continuos, y probaron la indomable energía de un pueblo que quiere ser libre. Vosotros acompañasteis al ínclito caudillo de Iguala en la empresa colosal de convertir una menguada colonia en Nación independiente, y siete meses os bastaron para vencer un poder que se apoyaba en antiguos hábitos y prestigios. Nuevos laureles escogisteis en las márgenes del Pánuco, donde fuí el primer testigo de vuestra decisión en los campos de batalla. Los recuerdos os ensalzan: vuestras propias hazañas fundan vuestro orgullo, y no desmentiréis la fama que habéis alcanzado.

Una nación que osó apellidarse nuestra hermana y amiga para adormecernos, usurpó traidoramente una rica parte de nuestro territorio, y nos ha traído la guerra con todos sus desastres y horrores, porque hemos defendido los mismos derechos que tenía reconocidos en solemnes tratados. No ha habido astucia, no ha habido engaño, ni arteria que no haya empleado, para arrancarnos una posesión reconocida, y ha apelado á la fuerza cuando consideró seguro el golpe, y que debilitados por las contiendas civiles, no podríamos resistir. La sangre de nuestros hermanos se ha derramado con profusión en Palo Alto, La Resaca, Monterrey, en Veracruz y en Cerro Gordo; y todavía se atreven los asesinos de los mexicanos, á proclamar con escándalo de la civilización, que promueven nuestra dicha. ¿Cuál dicha? ¿La de imponer sobre las frentes de la raza africana el degradante sello de la esclavitud? ¿La de levantar templos, rivales de los